

trimonio común, como esas músicas y tonadillas que en pocos días corren de boca en oído por todo el mundo. Por fin llegaban para Miguel, para el viejo y cansado poeta, para el verdadero ingenioso hidalgo otros días grandes, de intensa felicidad, que nada tenían que pedir al gran día de Lepanto. Las armas cedían á las letras. Para gloria de la diestra perdió la siniestra mano el soldado viejo. La mayor gloria posible en la tierra se le lograba: un pueblo entero se solazaba con su obra, quién reía, quién meditaba. Por las letras podía esperarse aún la redención, la inmortalidad.

En aquellos días, el 8 de Abril de 1605 nació en Valladolid Felipe IV, al que se llamaría después el Rey poeta.

CAPÍTULO XLVII

CERVANTES EN VALLADOLID. — TOROS Y CAÑAS. — IR TIRANDO. — CÓMO FUÉ MUERTO DON GASPAR DE EZPELETA.

En pos de la celebridad y del éxito suelen venir para el escritor, no antes, el aprecio de los suyos, la consideración y el sosiego familiar. Tal ocurrió en el caso de Cervantes. Atraída por la extraña sugestión que Miguel ejercía en ella, no bien se presentaba, doña Catalina de Salazar, fué á Valladolid, vivió con sus cuñadas doña Andrea y doña Magdalena, realizó el heroico sacrificio de legitimar con su convivencia la morada de Isabel de Saavedra, hija natural de Miguel en la casa y la estimación de hija legítima en que la tenían su padre, sus tías y su prima doña Constanza. Bien claro se ve que en cuanto Miguel hablaba á doña Catalina, hacía de ella cuanto se le antojase y disipaba todos los recelos y acallaba todas las protestas. Reparemos bien en esto: que no es verdadero genio el que no tiene imperio mágico, cual el de Miguel y el de Lope y el de Goethe, en las mujeres que le rodean, el que no las convence con la mirada, con el habla las domeña y con el gesto las amansa.

Miguel, alentado por la fama de que muy luego comenzó á gozar y que presagiaba nuevas fortunas, había constituido ya su vida. Estaba la familia toda junta, resuelta á no separarse. Vivían en una casa de las nuevas de alquiler, divididas en pisos, que á la llegada de la corte se construyeron de prisa y corriendo en Valladolid, para albergar el excedente de vecindario con los Reyes venido. Estaba en el barrio del Matadero ó Rastro, cerca de un pontezuelo que pasaba el maloliente Esgueva, no lejos de la Puerta

del Campo ni, por tanto, del Hospital de la Misericordia, en donde vivían los canes Cipión y Berganza, llamados comúnmente los perros de Mahudes. El barrio no era, ni con mucho, lo mejor de Valladolid, pero con el crecimiento de la corte, la angostura en que se vivía originaba cada vez mayor incomodidad. Por otra parte, si la gloria había llegado, á la fortuna que algunas veces la sigue, aún no se le veía asomar el rostro.

Pobrementemente, humildemente, vivía la familia; las mujetes se amontonaban de cualquier modo en un aposento con luz á la cocina; Miguel tenía otro para todo su servicio, y sólo había una pieza con balcón á la calle; pero á estas estrechuras ya estaban hechos los habitantes de la corte, persuadidos de que la tornátil y caprichosa voluntad que á Valladolid los trasladó se los llevaría de allí el día menos pensado.

Es muy digno de notarse este signo del cambio que en España estaba realizándose; el carácter provisional que comenzaba á tomar todo. Quiso Felipe II consolidar, macizar, cimentar y su imbecil sucesor ó los que le aconsejaban, lejos de proseguir la buena obra, no hicieron caso de los sillares por el monarca berroqueño asentados y en vez de seguir la edificación, apañaron de mal modo una vivienda de livianos cañizos para ir tirando. Entonces debió de inventarse esta frase fatalmente, genuinamente española: *ir tirando*. La trampa, la componenda y el arreglito, comenzaron á ser régimen de vida general y particular. ¿Es acaso un hecho insignificante, bajo el concepto moral, este de que una hidalga tiesa y repolluda, como doña Catalina de Palacios, después que pasó veinte años alejada de su marido, á quien quería, sólo por no acompañarle en sus andanzas de empleado, renunciase á todos sus escrúpulos y depusiera todas sus prevenciones para irse á vivir con sus cuñadas, á las que, por razones hartamente conocidas, no podía tragar y aceptase la carga de la hija natural de Miguel, sancionando con su presencia una especie de legitimación tácita? ¿Por qué se había humanizado en tales términos, impropios, á la verdad, de una cuellierguirda señora toledana? Es que la blandura, la contemporización, el cambalache y el apañusco, iban ganándolo todo.

Tanto que, poco después de llegar doña Catalina á Valladolid, vemos aparecer por la corte, ¿á quién diréis? á quien ménos se podía sospechar, al rígido, al estirado, al puntual, al exigente clérigo de Esquivias Francisco de Palacios, quien, con la carga de sus lustros y de sus camándulas á cuestras, fué á vivir por unos días ó por unos meses, junto á su cuñado el escritor, que ya no le parecía tan despreciable, puesto que la fama por España entera traía y llevaba su nombre y quizás quizás hubiese en su trato alguna ganancia.

Hay que conocer á estos curas ricos, de pueblo, saber el enorme trabajo que les cuesta abandonar su casa y desamparar sus caros intereses, para hacerse cargo de cuán poderosas razones reunieron á Francisco de Palacios con la familia de su cuñado Miguel en Valladolid. Tal vez á la husma y á la probable rebatiña del éxito acudió el buen presbítero, pues la verdad es que en la mejor armonía con Miguel, le vemos servir de testigo en un documento encaminado á prohibir las ediciones subrepticias que del Quijote se habían hecho y estaban haciéndose en Portugal. Casi seguro es, por muy ancha y laxa que tuviese la conciencia, que la promiscuidad en que vivía la familia no le gustase gran cosa y que á poco, en la primavera de 1605, se volviesen al pueblo el cura y su hermana doña Catalina, ya en buena inteligencia con Miguel, ya ligeramente enojados.

La celebridad del *Quijote*, si dió á Cervantes algunos disgustos, le proporcionó reanudar varias excelentes relaciones antiguas y adquirir otras nuevas. Encontró en Valladolid á su amigo de Sevilla el Señor de Higuera, que había seguido á la corte, supónese que con ciertos siniestros designios contra el duque de Lerma. Tal vez para disimularlos, el noble caballero no faltaba á las ceremonias y fiestas de corte que entonces por cualquier motivo se celebraban, pues el favorito tenía máximo interés en que el soberano se hallase distraído con juegos, saraos y diversiones. D. Fernando de Toledo visitaba á Cervantes, acompañaba por la calle, fuese por cortesía ó por amistad, á las señoras de la familia de Miguel, y éstas le bordaron una manga para que asistiese á los torneos y juegos de cañas que se celebraron ya con ocasión del feliz parto

de la Reina, ya con motivo de las fiestas que por la misma causa se hicieron al embajador inglés almirante Howard, de quien ya nadie recordaba que había sido el principal fautor del ataque á Cádiz y de la destrucción de nuestros barcos. Tan lacios y flojos de memoria se hallaban ya los españoles, que agravios como el del saqueo de Cádiz se olvidaban á los ocho ó diez años de ocurridos; tal era el desconcierto y locura de los ánimos, que faltó poco para que entre las fiestas que al inglés luterano se hicieron no se dispusiera un auto de fe en el que se quemase á unos cuantos correligionarios suyos.

Nada malo se debe pensar de que el Señor de Higuera y otros caballeros aristócratas entraran en casa de Cervantes y tuvieran amistad y trato con las Cervantas. Doña Andrea, con su respetabilidad de señora dos veces viuda, y doña Magdalena, con las tocas de beata ya desengañada del mundo y de sus pompas y vanidades, lo autorizaban y vigilaban todo. No parecía extraño que doña Constanza y su prima doña Isabel que eran mozas, tuviesen seguidores y cortejantes. Había un poco ó un mucho de confusión en aquella corte imprevista y mal acondicionada; no se distinguían las clases y las calidades con la previsión y fijeza con que se determinan en una corte ó ciudad, desde mucho tiempo establecida y en donde se sabe cuál es la casa, la condición y la manera de vivir de cada cual.

La mescolanza daba mucho que ganar á los intrigantes y buscadores de los dos sexos, y así en Valladolid vivían nubes de vividores y parásitos, cuyas rentas y ganancias nadie sabía, gentes sospechosas, de incierta conducta, que al jolgorio de la corte acudían y en él desempeñaban un papel. Data de entonces la despectiva y barullosa acepción de la frase *toros y cañas*. Quería decir esto que á los toros y cañas acudía una ensalada ú olla podrida de caballeros y truhanes disfrazados con tales hábitos, á quienes la habilidad y destreza en el justar ó en el correr la sortija hacían alternar con los señores de rancia nobleza y tratarles con la familiaridad propia del deporte y del peligro común. Siempre en la corte española ha habido extraordinaria indulgencia para caballistas, toreros, cómicos y saltimbanquis, puesto que hemos tenido una larga serie de

monarcas hipocondriacos á quienes era preciso divertir á toda costa.

Con estas benevolencias y estas mixturas, se formaba ese ambiente moral equívoco y confuso á favor del cual puede osarse todo y no hay nada que no parezca digno de absolución. En esta protección dispensada por la corte á quienes la divertían, comenzaron á entrar y ser comprendidos también, los poetas y literatos, no mucho más arriba que los cómicos y los ginetes. No había ocurrido esto en tiempos de Felipe II, quien no gustó de tener al lado suyo gente de pluma, como no fuera algún grave eclesiástico ó fraile erudito. A título de distracción y solaz ó cosa por el orden, penetraron en la corte los escritores y poetas. Lerma era bastante listo para conocer cuáles de ellos podrían hacerle daño y cuáles no. Góngora, por ejemplo, era perro que ladraba mucho y no mordía. ¿Para qué meterse con Góngora ni con sus maledicencias? Poetas hacían falta para toda la máquina de arcos, inscripciones, carrozas alegóricas y teatrales, fiestas con que á cada momento la corte se solazaba, disfrazando su propia miseria y la del país. Y con la demanda de poetas, que, al cabo, gastaban poco, se unía la demanda de frailes para hacer bulto en procesiones y fiestas y la de caballeros, más ó menos auténticos, para entrar á los *toros y cañas*. ¿No se percibe cierto leve tinte despreciativo en la manera como el pueblo comenzó á pronunciar la frase? *Ir tirando* era el sistema de vida. *Toros y cañas* la vana apariencia con que tamaña superchería se disfrazaba. El engaño reinaba en la corte; la hipocresía traída y llevada en haldas de frailes, iba barriendo España entera.

Algo desengañado por el ningún caso que el duque de Béjar había hecho de su dedicatoria del Quijote, y conociendo ya bien claramente cuánto necio había entre los caballeros de hábito y de título, no dejó, sin embargo, Cervantes de frecuentar á los que pudo; á más del Señor de Higuera, fué su amigo el conde de Saldaña, hijo del duque de Lerma, y, según decían entonces, muy aficionado á la poesía y á favorecer á los poetas y literatos. Algunos otros señores cortesanos le ofrecieron *sombra y amor* como el de Saldaña, pero en qué condiciones y de qué índole fueran estos

ofrecimientos no es cosa fácil de averiguar. Conocía Cervantes que si hasta Lope de Vega había menester el amparo de los nobles, á él no le estaría mal solicitarlo; pero en esto, como en lo demás, tuvo mala suerte.

Muchas historias y leyendas se han forjado para explicar el desvío con que le trató D. Alonso Diego López de Zúñiga y Sotomayor, duque de Béjar, marqués de Gibrleón, etc., etc., cuyo nombre mereció la honra de ser colocado al frente de la primera parte del *Quijote*. No hay necesidad de ninguna explicación, sino la corriente y naturalísima que la historia nos da de que el duque de Béjar era quizás el más majadero é insubstancial de todos los señoritos aristócratas de aquella época. Otros ingenios al mismo tiempo que Cervantes le dedicaron sus obras y no tuvieron de él la más ligera muestra de protección. ¿Por qué había de hacer una excepción de su conducta para favorecer á Cervantes?

Los protectores únicos de Miguel, si protección puede llamarse á una limosna, ó á una serie de limosnas, con más ó menos discreción y delicadeza entregadas á un anciano escritor desvalido, en Valladolid hubo de conocerlos, en esta época en que todo el mundo saboreaba la primera parte del *Quijote*. Fueron el arzobispo de Toledo, el ilustrísimo D. Bernardo de Sandoval y Rojas,

dichoso fruto de tan buenas hojas,

á cuya elección pensó escribir unos versos laudatorios, de los que sólo un borrón conocemos, y D. Pedro Fernández de Castro, primero marqués de Sarriá, á cuyo servicio estuvo Lope de Vega, y después conde de Lemos, sobrino y yerno del omnipotente duque de Lerma: más adelante virrey de Nápoles y siempre amigo y Mecenas de los dos Argensolas, quienes, al revés de Cervantes, parecían y eran literatos de séquito y de corte, que arrastraban sus endecasílabos como colas de manto, garnacha ó toga por las alfombras de las regias aulas. Pero en los primeros tiempos, en la salida heroica y triunfal de Don Quijote, no se sabe que ni el reciente arzobispo de Toledo ni el poderoso conde de Lemos para quien no se encontraba colocación que bastante pareciera, pues él solo pedía el virreinato de Nápoles, ocupado aun por el conde

de Benavente, favoreciesen á Cervantes, aún cuando ya conocieran su nombre y admirasen su ingenio.

Otros personajes de no menor interés comienzan á figurar por entonces en la vida cortesana de Miguel y de su familia y el más importante es un tal Juan de Urbina, secretario de los duques de Saboya Carlos, Víctor Amadeo y Manuel Filiberto. Este Urbina, casado en Italia con doña Margarita Mérula, era un tipo de aquellos cuyo trato encantaba á Cervantes. Hombre de mundo y de tráfico, estaba constantemente ocupado y entremetido en los más varios negocios y en las más distintas combinaciones económicas. Urbina había conocido y gozado, como Miguel, *la vida libre de Italia* y en ella, mejor que Miguel y con más espacio y recursos, había mordido todas las manzanas gustosas que se le ofrecieron. Era un hombre listo, sagaz, activo, gran conocedor de la humanidad, de cuyos defectos y flaquezas procuraba aprovecharse y, por lo mismo, habríamos de rebuscar mucho antes de topar con un sujeto que en su época estimara y conociera mejor lo que valía Cervantes. Lo que, en su esfera humilde, fué para Cervantes en Sevilla el pobre cómico Tomás Gutiérrez, fué en la Corte Juan de Urbina: un amigo fiel, pronto al sacrificio, útil para el consejo y la dirección, desinteresado, noble de veras. Empeño vano es querer determinar y especificar los servicios que el arzobispo Sandoval ó el conde de Lemos hicieron á Cervantes: no cabe dudar que fueron simples limosnas, auxilios momentáneos de dinero, migajas y mendrugos arrojados de sus mesas donde todo sobraba. En cambio, los servicios de Tomás Gutiérrez, y los de Juan de Urbina, que no eran personajes empingorotados ni poderosos son indudables y continuos, en documentos están consignados y en la existencia de Miguel tuvieron decisivo influjo. Estos fueron los verdaderos amigos de Cervantes, y tales suelen ser siempre los de todo escritor, no otros escritores, no grandes personajes, sino seres modestos y apartados que luego la historia olvida en cualquiera de sus infinitos rincones oscuros.

Juan de Urbina tenía una vastísima red de negocios propios, aparte sus relaciones de dependencia con los príncipes de Saboya. Para ello contaba con su fecundo ingenio y con varios buenos

auxiliares, testaferreros ó alquilones, de ellos el capitán Sebastián Granero, de ellos Juan de Acedo Velázquez, empleado también en la casa de Saboya y de ellos un criado italiano que se llamaba Francisco Molardo ó Molardi.

Pero el hombre de negocios, cuando es inteligente de veras, no se satisface con urdir sus redes y contar el dinero que le produce la pesca, sino que necesita compañía y conversación de otros hombres talentados como él, aunque apliquen su ingenio á muy distinto fin. Por eso, las tramas económicas de Urbina y las trazas literarias de Miguel pasaban con gusto de boca en boca de los dos amigos y por eso hubo entre ellos una gran intimidad. No habían concluido aún los descargos que Miguel había de dar á los señores Contadores por su comisión de la cobranza de tercias en Granada y de seguro que Urbina le sirvió mucho para terminar con bien este negocio: á propósito de él visitaba algunas veces la casa de Cervantes aquel Simón Sánchez que pagó las alcabalas de Baza, con motivo del enredo en que andaban receptores y arrendadores, y quizás también el otro Gaspar Osorio de Tejada, que tuvo la culpa mayor en semejante embrollo.

Como por entonces dijo doña Andrea, era, pues, Cervantes en Valladolid un "hombre que escribía y trataba negocios". No era sólo un poeta, ni su trato más frecuente y asiduo era con escritores, pues si del enorme resultado que debía haber producido la venta del *Quijote* apenas podía sacar para ir viviendo trabajosamente, y de sus gestiones para solicitar la protección de algún magnate cortesano tampoco había logrado hasta entonces nada, era natural que en los negocios buscase un medio de salir adelante con la numerosa carga familiar que llevaba á cuestas.

Sin embargo, no eran sólo con negociantes y nobles las relaciones de Miguel y de su familia. La casa en que vivían, como ya se ha dicho, era de las de vecindad. En el piso bajo había una taberna. Sobre ella, en el principal izquierda, vivía Miguel con su hija, hermanas y sobrina y con una moza de cántaro, montañesa del valle de Toranzo, que María de Ceballos se llamaba. En el piso de al lado habitaba una antigua amiga de Cervantes, la señora doña Luisa de Montoya, viuda del cronista D. Esteban de

Garibay, difunto. Con ella vivían sus hijos, el clérigo D. Luis de Garibay, joven de veinticuatro años que acababa de recibir las órdenes sagradas, su hermana Luisa, moza soltera de dieciocho años y su hermanillo Esteban, muchacho de doce ó trece. Los Garibay eran muy amigos de los Cervantes. Como se infiere del hecho de vivir en semejante casa, la fortuna del acaudalado cronista se debía de haber amenguado considerablemente y doña Luisa era una de esas señoras venidas á menos que tanto gustan de tratar con sus iguales. Viuda y venida á menos también era doña Andrea de Cervantes, las dos tenían hijas casaderas: nada de particular tiene que gustasen de salir juntas á misa y á la Acera de San Francisco, ni que volviesen alguna vez acompañadas de galanes.

Uno de estos acaso fué un joven caballero del hábito de Santiago y no simple hidalgo, como se ha dicho, que se llamaba don Gaspar de Ezpeleta, íntimo amigo y comensal del marqués de Falces, D. Diego de Croy y Peulín, capitán de los archeros del Rey. Ezpeleta era uno de los Don Juanes que á la sazón ensartaban corazones en Valladolid. Sin oficio ni beneficio, pues el hábito que llevaba era simple y sin encomienda ni juros, vivía á la diablo, más de la protección disimulada de su amigo el marqués de Falces, que de ninguna renta ni recurso propio. Con motivo de las justas celebradas en obsequio del almirante Howard, señálose D. Gaspar de Ezpeleta, no por ninguna hazaña, sino por haberse caído del caballo vergonzosamente, de puro borracho, según se trasluce de unas décimas famosas de Góngora:

Cantemos á la gineta
y lloremos á la brida
la vergonzosa caída
de D. Gaspar de Ezpeleta.
¡Oh, si yo fuera poeta,
qué gastara de papel
y que nota hiciera dél!
Dijera á lo menos yo
que el majadero cayó
porque cayesen en él... etc.

Como suele suceder con los galanes mujeriegos que no han

otro oficio ni manera de vivir, D. Gaspar de Ezpeleta no era valiente, sino fanfarrón: no era enamorado, sino vicioso. No buscaba en las mujeres más que un pasatiempo, quizás productivo, ni reparaba en su clase ó condición, pues así perseguía á una doncella de honesto parecer sabe Dios con qué fines, como pellizcaba y acosaba á una fregona del más humilde arreo.

En la primavera y estío de 1605 trataba ilícitamente con la mujer de un escribano ó curial que se llamaba Galbán. La infiel hembra había llegado, en su locura, á entregar á D. Gaspar de Ezpeleta prendas tan caras y respetables como los anillos de boda que la regalara su marido. D. Gaspar los llevaba puestos ó en los bolsillos, con un rosario, unas reliquias, yesca, pedernal y cartas y billetes amorosos.

El día 27 de Junio de 1605, D. Gaspar comió con su amigo el marqués, se echó la siesta en casa de su patrona Juana Ruiz, en la calle de los Manteros, donde vivía, salió á caballo y ya anochecido mandó á su paje Francisco de Camporredondo que le trajera su espadín de noche y un broquel y le dejara su capa, como solían hacer los calaveras rondadores. Vestido á la picaresca y embozado en la capa de su sirviente, derribada sobre las cejas la halda del sombrero, anduvo el galán nocherniego hacia la fuente de Argales. A pocos pasos de allí, junto al hospital de la Resurrección, tropezó con una moza de cántaro que, por no ir cargada, le había dado el suyo á un pícaro para que le llenara y le llevase por un cuarto á casa de su ama doña María de Argomedo, vecina de Cervantes. En palabras germanescas debió dirigirse á la moza y aun la hurgó y la requirió brutalmente, con que ella respondió:—Váyase con el diablo, que debe ser algún pícaro—á lo que él contestó descubriéndose y la moza le conoció por el caballero que alguna vez acompañara á sus vecinas. Ménos hizo caso entonces la moza de las recuestas del cortejador, que, algo mohino, siguió paseándose, muy embozado, aunque ya el calor apretaba, hacia la puerta del Campo.

Al volver de la fuente, la criada casi tropezó con un hombre pequeño, vestido de negro, desordenado, con la capa rastrera y la ropilla de través, que envainaba un estoque aguijando el paso.

Este hombre misterioso y negro que, como una sombra, se escurre, por la ingénua declaración de la moza Isabel de Islallana, sencilla y lista, como hija de las montañas de Asturias: este hombre desordenado y sin cuello, con la capa arrastras acababa de acuchillarse con el caballero Ezpeleta y le dejaba mortalmente herido junto á la esquina.

A los gritos de ¡socorro, me han muerto! alborotóse la vecindad. Presurosos se lanzaron á la calle el clérigo D. Luis de Garibay y el hidalgo Miguel de Cervantes, metieron al herido en casa de doña Luisa de Montoya, llamaron al cirujano, avisaron á la justicia. Llegó un alcalde, ó juez de instrucción, que diríamos hoy, llamado Cristóbal de Villarroel, comenzó á tomar declaración al herido. Vino muy luego el cirujano y barbero de las guardas viejas de á caballo Sebastián Macías. Cervantes, que se había levantado de la cama, presenció la primera cura y como habituado á ver heridas, dedujo lo mismo que el cirujano. D. Gaspar de Ezpeleta estaba muy de peligro. Y así fué. Antes de los dos días se murió y Cervantes y toda su familia y todos sus vecinos y vecinas fueron procesados y presos.

Por cuarta vez, se veía el Ingenioso hidalgo en manos de la justicia, lo mismo que las veces anteriores, sin culpa ninguna, pero ya con la aprensión que produce el escarmiento.